

El príncipe se sentó en el diván, al lado del marqués de Chouard. El conde Muffat permanecía en pie. Las tres copas de champagne bebidas, en aquella atmósfera asfixiante, habían aumentado su embriaguez. Satin, viendo que aquellos señores se encerraban con Naná, creyó discreto desaparecer tras de la cortina; y allí esperaba, sentada sobre una maleta, aburrida de aguardar, en tanto que la señora Julio andaba de uno á otro lado tranquilamente, sin chistar, sin dirigir una mirada.

—Habéis cantado maravillosamente vuestro rondó,—dijo el príncipe.

Entonces, establecióse la conversación, aunque por breves frases, cortadas por silencios. Naná no podía ir contestando siempre. Después de haberse untado de cold-cream, con la mano, los brazos y el rostro, extendía el blanquete, con ayuda de una punta de toalla. Por un instante, dejó de mirarse en el espejo, y sonrió, deslizando una ojeada hacia el príncipe, sin soltar el colorete.

—Su Alteza me confunde,—murmuró.

Era aquella toda una tarea llevada á cabo, y que el marqués seguía con aire de plácida beatitud. A su vez habló:

—¿No podía la orquesta,—dijo,—acompañaros más en sordina? Cubre vuestra voz, lo cual es un crimen imperdonable.

Esta vez Naná no se volvió. Había cogido la mano de gato y la paseaba ligeramente, muy atenta, tan encorvada sobre el lavabo, que la redondez blanca de su pantalón resaltaba y se tendía, con el inseparable extremo de la camisa.

Pero, queriendo mostrarse sensible á la galantería del anciano, agitóse, balanceando las caderas.

Reinó un silencio. La señora Julio había notado una rasgadura del pantalón en la pierna derecha. Tomó un alfiler de encima de su corazón, y permaneció un momento de rodillas, ocupada en torno del muslo de

Naná, mientras ésta, sin parecer advertir que estuviese allí la camarera, se cubría de polvos de arroz, evitando cuidadosamente que la borla tocara sus pómulos. En esto, como el príncipe dijera que si fuese á cantar á Londres toda Inglaterra quisiera aplaudirla, sonrió la joven con amabilidad, y volvió el rostro por un segundo, con la mejilla izquierda, muy blanca, en medio de una nube de polvo. Después, púsose seria de repente; tratábase de colocar el colorete.

De nuevo, con la cara tocando casi al espejo, mojaba el dedo en un bote, aplicaba el colorete debajo de los ojos y lo extendía suavemente hasta la sien. Aquellos señores se callaban, respetuosos.

El conde Muffat aun no había despegado los labios. Pensaba, invenciblemente, en su juventud. Su alcoba de niño estaba muy fría. Más adelante, á los dieciséis años, cuando besaba á su madre, cada noche sentía, hasta en su sueño, el hielo de este beso.

Un día, al pasar, había percibido, por una puerta entornada, á una doncella que se estaba lavando; y éste era el único recuerdo que le turbara, desde la pubertad al matrimonio.

Después, había encontrado en su mujer una estricta obediencia á los deberes conyugales; él mismo sentía una especie de repugnancia devota. Entraba en años, envejecía, ignorando la carne, doblegado á rígidas prácticas religiosas, habiendo reglamentado su existencia por preceptos y leyes. Y, bruscamente, le arrojaban en este cuarto de actriz, delante de aquella muchacha desnuda. El, que nunca había visto á la condesa Muffat ponerse las ligas, asistía á los detalles íntimos del tocado de una mujer, en la desbandada de los botes y de las jofainas, y en medio de aquel olor tan fuerte y tan suave. Todo su sér se rebelaba, la lenta posesión de que Naná le invadía desde hacía algún tiempo le aterraba, recordándole sus lecturas piadosas, las obsesiones diabólicas que habían nacido su infancia. Creía en el diablo, Naná, confusamente, era pa-

ra él el diablo, con sus risas, con su pécno y su grupa, hinchados de vicios. Pero él se prometía mantenerse fuerte. Ya sabría defenderse.

—Con que, está convenido,—decía el príncipe, muy á sus anchas en el diván;—el año próximo os venís á Londres, y os recibiremos tan bien, que jamás volveréis á Francia... ¡Ah! por lo visto, señor conde, vosotros no hacéis gran caso de vuestras lindas mujeres. ¡Mirad que os las tomaremos todas!

—Lo cual no le dará gran desazón,—murmuró malignamente el marqués de Chouard, que se arriesgaba, en la intimidad.—El conde es la virtud en persona.

Oyendo hablar de su virtud, Naná le miró tan pícaramente que Muffat experimentó una viva contrariedad. En seguida, este movimiento le sorprendió y le enfadó contra sí mismo. ¿Por qué la idea de ser virtuoso le incomodaba delante de aquella muchacha? De buena gana la hubiera abofeteado. Pero Naná, queriendo coger un pincel, acababa de dejarlo caer; y, háljandose á recogerlo, el conde se precipitó, sus alientos se encontraron, y los desatados cabellos de Venus le cubrieron las manos. Aquel fué un deleite mezclado con remordimientos, uno de esos deleites de católico á quien el miedo al infierno agujonea en el pecado.

En este instante, dejóse oír tras de la puerta la voz del tío Barillot:

—¿Puedo llamar, señora? El público se impacienta.

—Al momento,—respondió tranquilamente Naná.

Había mojado el pincel en un bote negro; después, con la nariz sobre el espejo, cerrando el ojo izquierdo, lo pasó delicadamente por sus pestañas, Muffat detrás de ella; miraba. Veíala en el espejo, con sus torneados hombros y su seno anegado en una sombra rosada. Y, á pesar de sus esfuerzos, no podía apartar la vista de aquel rostro, cuyo ojo cerrado hacía tan provocativo, sembrado de hoyuelos, como desma-

yado de deseos. Cuando cerró el ojo derecho y le pasó el pincel, comprendió Muffat que era su esclavo.

—Señora,—gritó de nuevo la jadeante voz del avisador;—están pateando y acabarán por arrancar los banquillos... ¿Puedo llamar?

—¡Silencio!—dijo Naná impacientada. Llamad si queréis, ¡lo mismo me da!... Si no estoy lista á tiempo ¡que esperen!

Calmóse y añadió, con una sonrisa, dirigiéndose hacia aquellos señores:

—La verdad es, que uno no dispone ni siquiera de un minuto para hablar.

Por fin, su rostro y sus brazos estaban arreglados. Con el dedo, añadió dos largas rayas de carmín sobre los labios. El conde Muffat sentíase más turbado, seducido por la perversión de los polvos y de los aceites, presa del deseo desordenado de aquella juventud pintada, la boca demasiado roja, en la demasiado blanca faz, y los ojos agrandados, circuidos de negro, ardientes y como contusos de amor. Entretanto, Naná pasó un momento al otro lado de la cortina, para ponerse las mallas de Venus, después de haberse quitado los pantalones. Luego, con impúdica tranquilidad, vino á desabotonarse el juboncillo de percal, tendiendo los brazos á la señora Julio, que le pasó las cortas mangas de la túnica.

—¡Deprisa, puesto que se enfadan!—murmuró.

El príncipe, con los ojos entornados, seguía, como buen conocedor, las líneas abultadas de aquel seno, mientras el marqués de Chouard meneaba involuntariamente la cabeza. Muffat, para no ver más, miraba la alfombra. Por lo demás, Venus estaba lista: sólo llevaba aquella gasa en los hombros. La señora Julio daba vueltas en torno de la joven, con aire de viejecita de madera, de vacíos y claros ojos, y, vivamente, tomaba alfileres de la almohadilla inagotable de su corazón, y prendía la túnica de Venus, rozando todas aquellas mórbidas desnudeces con sus deseca-

das manos, sin recuerdo, y con la más completa indiferencia.

—¡Ya está!—dijo la joven, mirándose por última vez en el espejo.

Bordenave regresaba, inquieto, diciendo que el tercer acto había empezado.

—¡Bueno, allá voy!—repuso ella.—¡Vaya unas prisas y siempre soy yo la que he de esperar á los demás!

Aquellos señores salieron del cuarto; mas no se despidieron. El príncipe había manifestado el deseo de asistir al tercer acto, entre bastidores. Al hallarse sola, Naná experimentó cierta sorpresa, mientras recorría el cuarto con sus miradas.

—¿Dónde estará?—preguntó.

Buscaba á Satin. Cuando la hubo encontrado detrás de la cortina, esperando sentada en la maleta, contestóle Satin, tranquilamente:

—¡Ya comprenderás que no he querido molestarte, con todos esos hombres!

Y añadió que, ahora, se marchaba. Mas Naná la retuvo. ¡Qué tonta era! ¡Si ya Bordenave consentía en encontrarla! Se ultimaría el negocio después de la función. Satin vacilaba. Había allí demasiada complicación; aquel no era su mundo. Sin embargo, se quedó.

Mientras el príncipe bajaba la escalerilla de madera, estallaron en el otro extremo del escenario, un extraño ruido, enérgicos juramentos, pataleos de lucha.

Era toda una historia que azoraba á las artistas que estaban esperando sus turnos. Desde hacia un rato, Mignon reiteraba las bromitas, abrumando á Fauchery con sus caricias. Acababa de inventar un juegucito, consistente en pegarle papiotes sobre la nariz, para guarecerle de las moscas, según decía. Naturalmente, este juegucito divertía mucho á los artistas. Empero, de repente, Mignon, exaltado por su buen éxito y dando rienda suelta á su fantasía, había plan-

tado al periodista un bofetón, un verdadero y vigoroso bofetón. Esta vez extralimitábase demasiado y Fauchery no podía, delante de la gente, aceptar en broma semejante guantada. Y entonces ambos, dando fin á su sainete, lívidos y brotando odio de sus rostros, se habían agarrado, y rodaban por el suelo, detrás de un biombo, tratándose de alcahuetes.

—¡Señor Bordenave! ¡señor Bordenave!—corrió á decir, azorado el director.

Bordenave le siguió, después de pedir al príncipe que le dispensara. Cuando reconoció en el suelo á Fauchery y á Mignon, no pudo contener un gesto de contrariedad. ¡Verdaderamente, elegían una buena oportunidad, con Su Alteza en el otro extremo del escenario, y toda aquella sala que podía oírles! Y como si esto no bastase Rosa Mignon llegaba á toda prisa, jadeante, en el preciso momento de entrar en escena.

Vulcano esperaba su réplica. Pero Rosa quedó estupefacta, viendo á sus pies á su marido y á su amante revolcándose, estrangulándose, pataleando, arrancándose el pelo y blanqueada la levita con el polvo de las tablas. Le obstruían el paso, y hasta un tramoyista había detenido el sombrero de Fauchery en el momento en que este demonio de sombrero, impelido por la lucha, iba á rebotar sobre la escena.

Entretanto Vulcano, inventaba morcillas para entretener al público. Rosa, inmóvil, continuaba mirando á los dos hombres.

—¡Pero, qué diablos haces!—le dijo furioso Bordenave.—¡Presto, presto! ¡eso no importa! ¡estás retrasando tu salida!

Y, empujada por él, Rosa, saltando por encima de los combatientes, se encontró en la escena, en pleno resplandor de la batería, ante el público. No había comprendido por qué se revolcaban, golpeándose. Trémula, llena de zumbidos la cabeza, se adelantó hacia la concha del apuntador, con su sonrisa de Diana enamorada, y atacó la primera frase de su dueto, con

una voz tan valiente, que el público le tributó una ovación. Desde los bastidores llegaban á sus oídos los golpes sordos de los combatientes, los cuales habian ido rodando casi hasta el telón de boca. Afortunadamente, la música sofocaba el ruido de las patadas que daban en los montantes.

—¡Voto á...!—murmuró Bordenave exasperado cuando hubo conseguido desasirles:—¿acaso no podríais golpearos en vuestra casa? Ya sabéis que no me gustan esas cosas... Tú, Mignon, vas á hacerme el favor de quedarte aquí, al lado del patio; y á vos Fauchery, os planto á la puerta del teatro, si os separáis del lado del jardín... ¿Estamos?... Al lado del patio y al lado del jardín, ó prohibo á Rosa que os entre en el escenario.

Cuando volvió al lado del príncipe, éste le interrogó:

—¡Oh! nada absolutamente,—murmuró Bordenave, con acento tranquilo.

Naná, en pie, envuelta en su abrigo, esperaba su salida, hablando con aquellos señores.

Como el conde Muffat anduviese hacia el foro para dirigir una ojeada al escenario, un gesto del director le dió á entender que debía caminar sin hacer ruido. Una tranquilidad cálida caía de la bóveda. En los bastidores, iluminados por violentas sábanas de luz, unas pocas personas, hablando en voz baja, se paraban un rato y andaban después de puntillas.

El lampista estaba en su sitio, cerca del complicado mecanismo de las llaves; un bombero, apoyado contra un montante, procuraba ver, alargando el cuello; mientras que, allá arriba, sentado en su banquilla, el encargado del telón vigilaba, con aire resignado, sin saber lo que representaban, esperando siempre el campanillazo para la maniobra de sus cuerdas.

Y en medio de aquella sofocada atmósfera, de aquellos pataleos y de aquellos cuchicheos, la voz de los actores que estaban en escena, llegaba extraña, en-

sordecida, con una desafinación sorprendente. Después, á lo lejos, más allá de los confusos ruidos de la orquesta, percibiase, como un inmenso hálito, el respirar de la sala, cuyo soplo se henchía á veces, estallando en rümore, en risas, en aplausos. Se adivinaba al público, sin verlo, hasta en sus silencios.

—¡Hay aquí una corriente de aire!—dijo bruscamente Naná, arrebujándose en su abrigo.—¡Enteráos, Barillot! Apuesto á que acaban de abrir una ventana... ¡Es cosa de pillar una pulmonía!

Barillot juró que lo había cerrado todo por sí mismo. Tal vez había algunos cristales rotos. Las artistas se quejaban siempre de corrientes de aire. Entre el pesado calor del gas, pasaban ráfagas frías, un verdadero regalo de fluxiones de pecho, como decía Fontan.

—¡Ya quisiera yo veros escotado!—continuó Naná, enfadándose.

—¡Silencio!—murmuró Bordenave.

En la escena, Rosa detallaba tan discretamente una frase de su duo, que los aplausos sofocaron el ruido de la orquesta. Naná se calló, poniéndose muy seria. Entretanto, el conde se arriesgaba á asomarse á un bastidor, cuando Barillot le advirtió que le podían ver desde la sala. Contemplaba la decoración al revés y de lado, la parte posterior de los montantes consolidados por una espesa capa de cartelones viejos; después, un rincón de la escena, la caverna del Etna abierta en una mina de plata, con fragua de Vulcano en el fondo. Las baterías del telar daban vivos reflejos al talco aplicado á grandes brochazos. Unos montantes con globos azules y globos rojos, por una oposición calculada, producían una llama de ardientes ascuas; mientras que, en el suelo, en tercer término, otra batería destacaba un grupo de negras rocas. Y allá, en un practicable inclinado en suave pendiente, en medio de esas gotas de luz semejantes á los vasos de color colocados sobre la hierba, en una noche de fiesta pública, la vieja señora Drouad, que re-

presentaba el personaje de Juno, permanecía sentada, deslumbrada y soñolienta, esperando su vez.

En esto hubo un movimiento. Simona, que estaba escuchando una historia de Clarisa, dejó escapar:

—¡Toma, la Tricón!

Era la Tricón, en efecto, con sus rizos y su continente de condesa que frecuenta los estudios de abogado y que, al percibir á Naná, se dirigió á ella en derechura.

—No,—dijo ésta después de un rápido cambio de palabras;—actualmente, no.

La vieja dama se quedó grave, Prullière, al pasar, le dió un apretón de mano. Dos figurantas la contemplaban con emoción. Por un momento, pareció como si vacilara. Después, llamó á Simona con un gesto. Y comenzó de nuevo el cambio rápido de las palabras.

—Sí,—dijo, por fin, Simona;—dentro de media hora.

Pero, al ir á subir á su cuarto, la señora Bron, que se paseaba de nuevo con sus cartitas, le entregó una. Bordenave, bajando la voz, reprendía furiosamente á la portera porque había dejado pasar á la Tricón: ¡una mujer de su calaña, precisamente aquella noche! esto le indignaba, á causa de Su Alteza. La señora Bron, que hacía treinta años que estaba en el teatro, contestó con cierta acritud. ¿Qué sabía ella? La Tricón hacía negocios con todas estas señoras; más de veinte veces la había encontrado el señor empresario sin quejarse. Y mientras Bordenave mascullaba feas palabrotas, la Tricón, tranquila, examinaba fijamente al príncipe, como mujer que pesa á un hombre con una ojeada. Una sonrisa iluminó su amarillo rostro. Después, se marchó con lentos pasos, por entre las mujercitas que la miraban con respeto.

—En seguida ¿verdad?—dijo volviéndose hacia Simona.

Simona parecía muy perpleja. La carta era de un joven á quien había dado palabra para aquella misma

noche. Y entregó á la señora Bron un billeteito escrito al vuelo: «Imposible, por hoy; estoy comprometida.» Pero continuaba inquieta, tal vez el joven aquel la esperaría, de todos modos. Como no tomaba parte en el tercer acto, quería marcharse inmediatamente; y rogó á Clarisa que fuera á dar un vistazo. Esta, que no tenía que salir á escena hasta el final de la obra, bajó á la portería, mientras Simona subía al cuarto, que entre las dos ocupaban.

Abajo, en la cantina de la señora Bron, un com-parsa encargado del papel de Plutón, bebía solo, envuelto en un gran manto rojo de llamas de oro. El pequeño comercio de la portera debía haber sido productivo, pues el rincón aquel, del pie de la escalera, estaba completamente bañado por las enjuagaduras de las copas. Clarisa se remangó su túnica de Isis, que arrastraba por aquellos grasientos peldaños; pero detúvose prudentemente y se limitó á alargar el cuello, en el recodo de la escalera, para echar una ojeada á la portería. Había tenido buen olfato. ¡Ese idiota de la Faloise estaba aún allí, sentado en la misma silla, entre la mesa y la estufa! Había fingido retirarse, delante de Simona y después había vuelto á su sitio. Por lo demás, la portería continuaba siempre llena de señores enguantados, correctos, de aire sumiso y paciente. Todos esperaban, mirándose unos á otros con gravedad.

Sobre la mesa, únicamente quedaban los platos sucios, pues la señora Bron acababa de distribuir los últimos ramos; sólo una rosa caída se marchitaba, junto á la gata negra, que seguía acostada enroscada, mientras los gatitos ejecutaban locas carreras, galopes feroces, entre las piernas de aquellos señores. Clarisa tuvo por un momento tentaciones de mandar echar á la Faloise á la calle. Ese imbécil no gustaba de los animales; era lo único que le faltaba; y hasta encogía los codos, á causa de la gata, para no tocarla.

—¡Mira que te pillaré, no te fies!—dijo Plutón, un bromista que se volvía al escenario, enjugándose los labios con el revés de la mano.

Entonces, Clarisa abandonó la idea de armarle un escándalo á la Faloise. Había visto á la señora Bron entregar la carta al joven de Simona. Este se fué á leerla bajo el mechero del vestíbulo: «Imposible por hoy, querido; estoy comprometida.» Y, apaciblemente, acostumbrao sin duda á la frase, había desaparecido. ¡Al menos, ved aquí á uno que sabía conducirse! ¡No era, no, como los otros que se obstinaban allí, sobre las desapareadas sillas de la señora Bron, en aquella gran linterna con vidrieras, donde olía tan mal! ¡Mucho debía atraer eso á los hombres! Clarisa volvió á subir; disgustada, atravesó la escena, y trepó rápidamente los tres pisos de la escalera de los cuartos, para dar la respuesta á Simona.

En el escenario, el príncipe, retirado á parte, hablaba con Naná. No la había abandonado, la cobijaba con sus ojos entornados. Naná, sin mirarle y sonriente, decía que sí, con un movimiento de cabeza. En esto, bruscamente, el conde Muffat, obedeciendo á un impulso de todo su sér, dejó á Bordenave, que le daba detalles sobre las maniobras de las cabrias y de los tambores, y se apresuró para romper esta conversación. Alzó Naná los ojos, y le sonrió, como sonreía á Su Alteza, sin por ello dejar de tener el oído atento acechando su turno.

—Creo que el tercer acto es el más corto,—dijo el príncipe, estorbado por la presencia del conde.

Naná no respondió; su faz cambió de expresión, entregada de repente á su tarea. Con un rápido movimiento de hombros dejó deslizar su abrigo que la señora Julio, que se hallaba en pie, tras de ella, recibió en los brazos.

—¡Silencio, silencio!—sopló Bordenave.

El conde y el príncipe se habían quedado sorprendidos. En medio del gran silencio, surgía un suspiro

profundo, un lejano rumor de multitud. Cada noche, producíase el mismo efecto al salir Venus en su desnudez de diosa. Entonces, Muffat quiso ver, y aplicó los ojos á una abertura. Más allá del arco del círculo deslumbrador de la batería, la sala parecía oscura, como llena de una humareda rosada, y en aquel fondo neutro, donde las hileras de rostros ofrecían una palidez confusa, destacábase Naná en blanco, alta, poderosa, ocultando los palcos desde el anfiteatro al techo.

El la percibía de espaldas, erguida con los brazos abiertos, mientras que, en el suelo, al nivel de sus pies surgía la cabeza del apuntador, una cabeza de vejete, cortada, con un aire pobretón y honrado. En ciertas frases de su romanza de salida, parecía como si partiesen de su cuello unas ondulaciones bajándose por su talle y viniendo á espirar en el borde rozagante de su túnica.

Cuando hubo emitido la postrera nota, entre una tempestad de aplausos, saludó, y estremeciósela tenue gasa de su velo, mientras su cabellera rozaba sus riñones, en la flexión del espinazo.

Y al verla así, inclinada y ensanchadas las caderas, andando de espaldas hacia el agujero á través del cual la miraba, el conde se irguió, sumamente pálido. La escena había desaparecido, ya no veía más que el reverso de la decoración, y el baturrillo de los viejos cartelones pegados en todos sentidos. Sobre el practicable, entre los regueros del gas, el Olimpo entero había ido á reunirse con la señora Drouard que dormitaba. Allí esperaban el final del acto, Bosc y Fontan sentados en el suelo, apoyada la barba en sus rodillas y Prullière desperezándose y bostezando, antes de entrar en escena, todos fatigados, con los ojos enrojecidos, y anhelando irse á dormir.

En este momento, Fauchery, que andaba rondando por el lado del jardín, desde que Bordenave le había prohibido el lado del patio, se aferró al conde,

para darse cierta importancia, y le ofreció enseñarle los cuartos.

Muffat, á quien una molicie creciente dejaba sin voluntad, acabó por seguir al periodista, después de haber buscado con la vista al marqués de Chouard, que no estaba allí ya. Sentía, á la vez, un alivio y una inquietud abandonando aquellos bastidores, desde los que oía cantar á Naná.

La Fauchery le precedía en la escalera, que en el piso primero y en el segundo estaba interceptada por biombos. Era una de esas escaleras de casa lóbrega, como muchas que el conde Muffat había encontrado en sus excursiones de miembro del comité de beneficencia, desnuda y deteriorada, estucada de amarillo, con peldaños desgastados por el continuo pisar de los pies y una barandilla de hierro, que el frotamiento incesante de las manos había pulido. En cada tramo, al nivel del suelo, una ventana baja ofrecía un hueco cuadrado de tragaluz. En los faroles fijos en las paredes, ardían llamas de gas, iluminando vivamente aquella miseria y exhalando un calor que subía y se amontonaba bajo la angosta espiral de los pisos.

Al llegar al pie de la escalera, el conde había vuelto á sentir sobre su nuca aquel soplo ardiente, aquel olor de mujer descendido de los cuartos, en una oleada de luz y de ruido y, actualmente, á cada peldaño que subía, el almizcle de los polvos y la acritud de los vinagrillos le enardecían, le aturdían cada vez más.

En el primer piso, hundíanse dos pasillos, dando un brusco recodo, con puertas de fonda sospechosa, pintadas de amarillo y ostentando gruesos números blancos; y en el suelo, los ladrillos desunidos formaban jorobas desiguales. El conde se aventuró, y dirigiendo una ojeada por una puerta entreabierta, vió un cuarto muy sucio, como una barraca de peluquero de arrabal, amueblado con dos sillas, un espejo y una tablita con cajón, ennegrecida por la mugre de los peines. Un mocetón bañado en sudor, con los hombros humean-

tes, se mudaba la camisa; mientras que, en un cuarto semejante, al lado, una mujer, disponiéndose á partir, con los cabellos despeinados y mojados, como si acabase de tomar un baño, se calzaba los guantes.

Fauchery llamaba al conde, y éste llegaba al segundo piso, cuando un: «¡Voto á!» furioso, salió del pasillo de la derecha, y era que Matilde, una parti-quina rameruela, acababa de romper su jofaina, cuya agua jabonada corría hasta la meseta. Cerróse violentamente un cuarto. Dos mujeres, en corsé, atravesaron de un salto el pasillo; otra, con el paño delantero de la camisa entre los dientes, apareció y se eclipsó. Después hubo risas, una disputa, una canción comenzada é interrumpida de repente.

A lo largo del pasillo, por las rendijas, percibíanse trozos de desnudez, blancuras de piel, palideces de ropa; dos muchachas, muy divertidas, se mostraban sus secretos lunares; una, muy jovencita, una niña casi, se había remangado las faldas hasta más arriba de las rodillas, para remendar sus pantalones, mientras que las camareras, al ver á aquellos dos hombres, corrían ligeramente las cortinas, por decencia. Aquello era el atropello del final, el gran lavatorio del blanquete y del colorete, el traje de calle vuelto á vestir en medio de una nube de polvos de arroz, un incremento de olor humano arrojado por las puertas abiertas.

En el piso tercero, Muffat se abandonó á la embriaguez que le invadía. Allí estaba el cuarto de las figurantas: veinte mujeres amontonadas, una desbarajuste de jabones y de botellas de lavanda, la sala común de una casa de infimo arrabal. Al pasar, oyó, detrás de una puerta, un lavatorio feroz, una tempestad en jofaina. Y subía al cuarto piso, cuando tuvo curiosidad de aventurar aún una mirada por un ventanillo entreabierto: el cuarto estaba vacío, viéndose allí únicamente, al resplandor del gas, un orinal olvidado en medio de un desorden de enaguas tira-

das por el suelo. Aquel cuarto fué la última visión que se llevó. Arriba, en el cuarto piso, se ahogada. Todos los olores, todas las llamas, convergían allí; el techo amarillo parecía tostado; brillaba un farol en una niebla rojiza. Por un momento, agarróse de la barandilla de hierro, que encontró entibiada por una calidez viviente; y cerró los ojos, absorbiendo en una aspiración todo el sexo de la mujer, que desconocía aún y que le abofeteaba el rostro.

—Venid acá,—gritó Fauchery, que había desaparecido un momento antes;—os llaman.

Allí estaba, en el fondo del pasillo, el cuarto de Clarisa y de Simona, una pieza larga, bajo techado, mal construída, de paredes en escuadra, y techo en declive. La luz venía de lo alto, á través de las profundas aberturas. Pero, en aquella hora de la noche, las llamas del gas iluminaban el cuarto, tapizado por un papel de siete sueldos el rollo, flores rosadas sobre un fondo de emparrado verde. Dos tablas, una al lado de otra, servían de lavabo, cubiertas de hule ennegrecido por agua derramada, y, debajo de las cuales yacían, en mezclanza, jarros de zinc abollados, cubos llenos de enjuagaduras, y cántaros de barro amarillento. Había allí como una parada de artículos de bazar, torcidos, sucios por el uso, jofainas desportilladas, peines de cuerno desdentados, todo lo que la precipitación y la desidia de dos mujeres, que se desnudan y se lavan en común; dejan en torno suyo, en desorden, en un sitio donde no hacen más que pasar y cuya suciedad nada les importa.

—Venid,—repitió Fauchery, con esa familiaridad que usan los hombres al hallarse juntos en casa de las muchachas de vida alegre;—Clarisa quiere daros un beso.

Muffat acabó por entrar; pero no fué su sorpresa poca al ver al marqués de Chouard instalado entre las dos tablas, en una silla. El marqués se había retirado allí; y apartaba los pies, porque de un cubo

horadado fluía una charca blanquecina. Conociase que se hallaba muy á gusto, como conecedor de buenos sitios, remozado en aquella sofocación de bañera, en medio de la tranquila impudicia de la mujer, que aquel rincón de suciedad hacía natural y expansiva.

—¿Vas á irte con el viejo?—preguntó Simona al oído de Clarisa.

—¡Jamás!—respondió ésta, en voz alta.

La camarera, una muchacha muy fea y muy familiar, que ayudaba á Simona á ponerse el abrigo, se desternillaba de risa. Las tres se empujaban mutuamente y baluceaban frases que redoblaban su jovialidad:

—Ea, Clarisa, dale un besito al caballero,—repitió Fauchery;—¡es muy rico!

Y, volviéndose hacia el conde.

—Ya veréis,—le dijo,—que amable es; ¡va á daros un beso.

Pero Clarisa, que estaba disgustada de los hombres, habló violentamente de los marranos, que esperaban abajo, en la portería. Por lo demás, tenía precisión de bajar en seguida, para no retardar su última escena. Mas, como Fauchery le impidiese el paso, depositó dos besos en las pañillas de Muffat, exclamando:

—¡No lo decía por vos, sino por ese Fauchery, que ya me va cargando!

Y se escapó. El conde permanecía cohibido en presencia de su suegro. Una ola de sangre le había subido al rostro. En el cuarto de Naná no había experimentado, en medio de aquel lujo de tapices y de espejos, la acre excitación de la vergonzosa miseria de este cuchitril lleno del abandono de dos mujeres. Entre tanto, el marqués acababa de salir en pos de Simona, muy apresurado, hablándole al oído, mientras ella se negaba con la cabeza. Seguiales Fauchery, riendo. Entonces el conde, viéndose solo con la camarera, que limpiaba las jofainas, se marchó, bajando á su vez la escalera, débiles las piernas, ahuyentando

de nuevo su presencia á las mujeres que encontraba en enaguas, y oyendo cerrar las puertas á su paso. Pero en medio de esta desbandada de muchachas sueltas á trav3s de los cuatro pisos, sólo percibió distintamente un gato, el grueso gato rojo que, en aquella hornaza apestaba de almizcle, se deslizaba á lo largo de los peldaños, frotándose la espalda contra los barrotes de la barandilla, con la cola en el aire.

—¡Caramba!—dijo una voz ronca de mujer,—¡creí que nos obligarían á pasar la noche aquí! ¡qué cargantes estaban con sus aplausos y llamamientos á escena!

Era el fin del espectáculo; acababa de caer el telón. Había un verdadero galope en la escalera, cuya caja se llenaba de exclamaciones, de un apresuramiento brutal para vestirse y partir. Cuando el conde Muffat bajaba el último peldaño, percibió á Naná y al príncipe, que venían lentamente por el pasillo. La joven se detuvo, y después, sonriendo y bajando la voz:

—Convenido ¡hasta luego!

El príncipe regresó á la escena, donde le esperaba Bordenave. Entonces, á solas con Naná, cediendo á un arranque de cólera y de deseo, corrió Muffat tras de ella; y en el momento en que la joven entraba en su cuarto, le plantó un frenético beso en la nuca, sobre los pelillos rubios que se rizaban, muy abajo, entre los hombros. Era como si traspasara allí el doble beso recibido arriba. Naná, furiosa, levantaba ya la mano; pero, al reconocer al conde, sonrió:

—¡Oh! ¡me habéis asustado!—dijo sencillamente.

Y su sonrisa era adorable, confusa y sumisa, como si hubiese perdido la esperanza de este beso y se felicitara de haberlo recibido. Pero estaba comprometida ya para aquella noche y para el día siguiente. Era preciso esperar. Hasta, si hubiese podido, se habría hecho desear más. Su mirada decía todo esto. Por fin repuso:

—Habéis de saber que soy propietaria... Sí; compro

una casa de campo, cerca de Orleans, en un país al que vais algunas veces. Me lo ha dicho el pequeño, Jorge Hugón: ¿le conocéis?... Id, pues, á verme allá.

El conde, aterrado de su brutalidad de hombre tímido, avergonzado de lo que había hecho, le saludó ceremoniosamente, prometiéndole corresponder á su invitación. Después se alejó, caminando como si soñara.

Iba á reunirse ya al príncipe, cuando al pasar por delante del «foyer», oyó á Satin que gritaba:

—¡Vaya un viejo sucio! ¡dejadme en paz!

Era el marqués de Chouard, que estaba asediando á Satin. Esta se hallaba harta ya de todo ese mundo «chic». Naná acababa de presentarla á Bordenave; pero le había aburrido demasiado eso de permanecer con la boca cerrada, por miedo á soltar alguna necedad, y quería resarcirse de su mal rato, tanto más, cuanto que, entre bastidores, había tropezado con uno de sus antiguos queridos, el comparsa encargado del papel de Plutón, un pastelero que le había dado ya toda una semana de amor y de cachetes.

Le estaba esperando, irritada de que el marqués la tratase como á una de esas mujeres de teatro. Así, pues, acabó por revestirse de dignidad, soltando esta frase:

—Mi marido va á venir ¡y ya veréis!...

Entretanto los artistas, engañados, con el rostro fatigado, partían uno á uno. Grupos de hombres y mujeres bajaban la escalerilla de caracol, proyectando en la sombra perfiles de sombreros desfondados, de chaes deslucidos, una pálida fealdad de comiquillos que se han quitado el colorete. En el escenario, mientras se apagaban los montantes y las baterías, el príncipe escuchaba una anécdota de Bordenave.

Quería esperar á Naná. Cuando ésta compareció por fin, el escenario estaba completamente oscuro, y el bombero de servicio, acabando su ronda, paseaba una linterna. Bordenave, para evitar á Su Alteza el rodeo del Pasaje de los Panoramas, acababa de mandar abrir

el pasillo que, desde el cuarto de la portera, conduce al vestibulo del teatro. Y, á lo largo de este pasadizo, hubo un verdadero «sálvese quien pueda», de mujercitas, muy satisfechas de escapar al asedio de los hombres que las acechaban en el Pasaje.

Empujábanse unas á otras, apretando los codos, dirigiendo miradas hacia atrás, no respirando hasta hallarse fuera, mientras que Fontan, Bosc y Prullière se retiraban lentamente, mofándose de la facha de los protectores formales, que corrían la galería de Variedades en tanto que sus protegidas se largaban por el bulevar con sus «queridos» de corazón. Pero la más maligna de todas fué Clarisa.

Desconfiaba de la Faloise. En efecto, éste continuaba aún clavado en la portería, en compañía de los otros señores, que se aferraban á las sillas de la señora Bron. Todos alargaban el cuello. Entonces ella pasó, muy seria, detrás de una amiga. Los señores aguzaban la mirada, aturdidos por aquella oleada de faldas arremolinadas al pie de la angosta escalera, desesperados de aguardar desde tanto tiempo, para verlas al fin emprender el vuelo, sin reconocer á ninguna. La familia de gatitos negros dormía sobre el hule, amontonada contra el vientre de su madre, feliz y con las patas extendidas; en tanto que el gato rojo, sentado en el otro extremo de la mesa, con el rabo estirado, contemplaba con sus amarillos ojos la fuga de las mujeres.

—Si Su Alteza se digna pasar por aquí...—dijo Bordenave, al pie de la escalera, indicando el pasadizo.

Algunas figurantas se empujaban allí todavía. El príncipe seguía á Naná. Muffat y el marqués caminaban detrás. El pasadizo era como un largo intestino, entre el teatro y la casa contigua, una especie de callejón estrangulado, cubierto por una techumbre en declive, cortada por ventanas vidrieras. De sus paredes rezumábase cierta humedad. Los pasos resonaban sobre el enladrillado suelo, como en un subterráneo. Había allí

como un amontonamiento de desván, un banco de carintero sobre el cual el portero daba el último golpe de cepillo á las decoraciones, un apilamiento de verjas de madera que, por la noche, se colocaban ante la puerta del teatro, para mantener en orden la cola de entrada.

Naná hubo de levantarse la falda al pasar ante una fuente, cuya mal cerrada espita inundaba el suelo. En el vestibulo, se despidieron. Y, cuando Bordenave se encontró solo, resumió su juicio sobre el príncipe, con un encogimiento de hombros, lleno de desdeñosa filosofía:

—También ese está guillado,—dijo, sin explicarse más, á Fauchery, á quien Rosa Mignon se llevaba junto con su marido, para reconciliarles en casa.

Muffat se encontró solo, en la acera. Su Alteza acababa tranquilamente de hacer subir á Naná á su carruaje. El marqués se había largado en pos de Satin; de comparsa, excitado, contentándose con seguir á aquellos dos vicios, con la vaga esperanza de alguna complacencia. Entonces, Muffat, con el cerebro hecho un fuego, decidió regresar á pie. Todo combate había cesado en él. Una ola de vida nueva anegaba sus ideas y sus creencias de cuarenta años. Mientras cruzaba los bulevares, el rodar de los últimos coches le ensordecía con el nombre de Naná, los mecheros de gas hacían danzar, ante sus ojos, desnudeces, los brazos flexibles, los blancos hombros de Naná, y comprendía que era su esclavo, y hubiera renegado de todo, todo lo hubiera vencido, para poseerla durante una hora, aquella noche misma. Era su juventud que se despertaba al fin, una juventud glotona de adolescente, ardiendo de improviso en su frialdad de católico y en su dignidad de hombre maduro.